

M I S C E L Á N E A

Un príncipe en la azotea

HÉCTOR BIANCIOTTI

Al margen de la novela —siempre más o menos autobiográfica, ya que se nutre de experiencias del hombre que la escribe, y si así no fuera se arriesgaría a ser anodina— hay géneros que se le aproximan: la biografía, las memorias, la autobiografía, el diario íntimo o, como en el caso de Gide, el diario “no-íntimo”. Podría agregar aun un género híbrido: la auto-ficción.

Lo que diferencia a la novela de auto-ficción de los otros géneros citados es su ambición primordial de alcanzar la literatura, a la cual nada le importa la verdad —ya que su particularidad primera es la de no llamar las cosas por su nombre, sino el hecho de no saber muy bien lo que sus palabras terminarán por decir, cuando algo “dicen”. Mientras que el ensayista sólo escribe para demostrar lo que cree, si bien en el camino sus certezas puedan convertirse en perplejidades.

Un novelista no podrá jamás escribir su autobiografía porque es esclavo de las palabras, las cuales, confabuladas con su imaginación, hacen su cosecha a partir de la memoria, y aman o se han puesto a amar —por encima de todo— al conversar entre ellas en medio de una cadencia que las distancia de esas otras palabras: las que escuchan detrás de las puertas, las que trafican con informaciones, noticias, o remontan el tiempo para modificar la historia. Palabras que, a fin de cuentas, se avienen a su condición de servidoras del saber y la inteligencia.

Como decía Pablo Neruda:

Todo lo que usted quiera, sí señor pero son las palabras, las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció...

Así, para el novelista —más que para el poeta, ya que la poesía pertenece al

orden de la iluminación, del instante, no de la sintaxis— un sueño puede atravesar milenios; por el contrario, una realidad se escapa muy pronto volando y nada hay de más friable que un hecho (Chesteron en su biografía de Dickens).

Lo propio de la novela y de la poesía es el no expresar lo parcial sino en la medida en que en esto se estremezca un germen de universalidad. Mientras que, como decía Marcel Schwob —quien tanto amó biografías y memorias—, el arte del biógrafo o del memorialista consiste en elegir, entre las virtualidades humanas, la que es única, puesto que “si las ideas de los grandes hombres son el patrimonio común de la humanidad, cada uno de ellos no poseyó, realmente, sino sus propias extravagancias”. Y hay que ver el placer que experimentamos haciendo conjeturas sobre ciertos detalles: Aristóteles, según Diógenes Laercio, llevaba sobre el estómago una bolsa de cuero llena de aceite caliente y atesoraba en su casa —y en secreto— multitud de cacharros de barro. James Boswell, quien escribió una biografía clásica —a pesar de tediosa— sobre Samuel Johnson, afirma que éste, autor de un gran *Diccionario de la lengua inglesa*, tenía la costumbre de guardar en sus bolsillos cáscaras secas de naranja. Mientras que según John Aubrey, lacónico biógrafo —si los hay— de Milton, afirma que este poeta pronunciaba la letra “r” con una entonación dura. Y Descartes: ¿no utilizaba acaso para sus cálculos un compás con una pata rota, y a guisa de regla se servía de una hoja de papel doblada en dos?

Igualmente, al leer la vida de un personaje que sólo nos interesa por sus relaciones, cuando empezamos a aburrirnos en su compañía (aunque su biógrafo o memorialista sea interesante, ya se ocupe de Hölderlin o de Eva Duarte), podemos tener la sorpresa de toparnos con Chateaubriand, o de ver pasar una góndola en que va Casanova,

o asistir a un “martes” de Mallarmé, en la rue de Rome, donde una mano llena de sortijas subraya la elocución preciosista de un inglés —de hecho, un irlandés— célebre por sus máximas, sus sublimes paradojas y por sus años de permanencia en la cárcel.

¿Es un bajo instinto, una curiosidad frívola, lo que nos lleva a interesarnos en detalles y hasta en chismes sobre la intimidad de tal o cual? Ya Plutarco, el príncipe de los biógrafos, hacía observar que, a menudo, las acciones insignificantes —una palabra, una broma—, revelan el verdadero carácter de un hombre mucho mejor que sus hazañas o sus grandes batallas.

Me permito proponer una hipótesis: en una época en que, como decía Leonardo Sciascia, el número de los mediocres no ha cesado de aumentar, seguidos por una cohorte de imbéciles pegados a la pantalla de los televisores para estar al corriente de lo que pasa y, así, olvidar mejor lo que es, se siente la necesidad de saber más de ese hombre, de esa mujer que han hecho esto o aquello: algo que nos es caro, que ha ampliado nuestra visión de la pintura o de la realidad, saber de esos seres que han realmente existido, consagrado su vida a una obsesión con la que nos hemos enriquecido.

Tal es el caso de Damián Bayón (fallecido en París, el pasado 13 de febrero); su poesía se refugió entre los telones, no está ya presente cuando se pronuncia su nombre: es el historiador, el crítico de arte Bayón quien ha ocupado la escena. Historiador, esencialmente, del heteróclito arte de la América Latina, desde la colonia hasta sus recientes manifestaciones; descubridor de un continente nuevo que lleva su saber artístico a remolque como un inmenso pez, deslumbrante, de reflejos de oro y plata, arte que la negligencia de Europa continúa ignorando. Sin olvidar que para ser —como él lo fue— un enamorado de esa historia del arte —sea cual fuere— tiene que conocer también todas sus otras expresiones.

¿Qué dice en este primer tomo de sus memorias? Se trata, a la vez, de un libro modesto y precioso, donde recuerda su infancia, adolescencia, primera juventud, aunque —de pronto— veamos ya atisbos del futuro. Y sin embargo, si habla de él, de su madre, de su padre de ojos azules, que vuelve a encontrar en el azul de ciertos cuadros, en verdad, él no está en esas páginas: es el historiador y el poeta quienes dominan. Bayón quiere salvar lo efímero, lo que hay de más efímero y que, no

obstante, fue la sustancia de una época, o más bien, el signo, el conjunto de esos signos que hoy nos permiten descubrirla.

Pequeñas naderías: los trajes de los niños a comienzos de los años veinte, dentro de una "burguesía media" que hoy sería una "burguesía rica"; el lechero que no dejaba las botellas de leche —todavía no existían— en el umbral de la puerta; la madre que, siguiendo los moldes de papel de seda, cortaba la ropa de la familia, salvo la del padre, quien usaba ropa confeccionada en la sastrería. El matiz de clase social que, diríamos, había entre Harrod la más elegante tienda, y Gath y Chaves, elegante... pero en menos (para Buenos Aires: ¡qué diferencial!). Es en esas frivolidades donde se devela toda una sociología: el hecho de decir que un miembro de la familia va a las Sierras de Córdoba supone que está tuberculoso; los primeros autos, las primeras películas, las primeras estrellas y las músicas aporreadas en un mal piano, siempre las mismas, para ilustrar sonoramente tal o cual escena... Qué ojo el de Bayón, como para enloquecer de celos a un novelista. Y qué escritura, de una precisión insolente, para describir trasatlánticos o sombreros *cloche* de donde se escapan unos bucles postizos; para describir también el largo de los vestidos femeninos; el blanco

admitido en las estaciones balnearias, con sombrilla en la mano y una suerte de capelina sobre el pelo "a la *garçon*". Y qué decir de las observaciones cosechadas en sus primeros viajes a Europa, a los siete años y después alrededor de los trece, cuando en París ordenar en un restaurant una banana era como pedir la manzana del Paraíso.

Fascinado desde antes de los diez años por la arquitectura su primera vocación fue la de construir casas. Pronto aparecerá también la literatura, y una revista que dejó rastros: *Bitácora*, lo que lleva al memorialista a contar la relación que mantenían los jóvenes de ese grupo fundador con los grandes escritores del momento; la timidez de todos a dar el paso y alcanzar a la gran Victoria Ocampo —a quien todo escritor sudamericano siempre algo le debe— mientras ella no hacía sino esperarlos.

Que Bayón haya escrito en este libro tan poco de la gente ilustre de Buenos Aires, o que allí habitaba en ese tiempo, es algo que lamentamos en un principio, aunque después comprendamos: no habiéndolos frecuentado como adolescente, su honestidad le impide hablar de ellos. Eso ya vendrá. Por el momento, en este volumen lo que le interesa es preservar la realidad de todas esas casas con dos patios, macetas de cemento (que encontraba feas), cuya nos-

talga ha nutrido la literatura de Borges.

Ahora cumplido este "deber de memoria", esperamos el segundo tomo (que se publicará en Argentina), en fin, la continuación de las memorias de Damián Bayón, con la esperanza —digamos, la certeza— de que volverá a tratarse de todo lo desplegado ya en su obra de ensayista, de crítico lúcido de la arquitectura y las artes plásticas, aunque sea ésta una "reducción" de su curiosidad y su saber. Esperamos también que, para enriquecer sus incesantes encuentros con los grandes creadores, haya puesto de relieve esas escuelas de arte —a las que Francia es tan aficionada— que han contaminado América Latina: el epígono no es siempre inferior al maestro...

En fin, esperamos que Bayón haya dejado el balance de su inmenso talento de conocedor —y de re-conocedor—; balance de todo aquello en lo que él creyó después de haber tanto visto, amado, detestado, en una época en que todo se moviliza para borrar al individuo, lo individual: primero, solo y último recurso de la cultura, de la civilización. ♦

Damián Bayón: *Un príncipe en la azotea*, Joaquín Mortiz, México, 1993. 285 pp.

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 290

FEBRERO DE 1995

KENZABURŌ ŌE: *El monstruo del cielo* ♦ W.H. AUDEN: *Dos poemas*

STEPHEN VINCENT BENÉT: *Las aguas de Babilonia*

DIARIOS DE ARGUEDAS Y RIBEYRO

TEODORO GONZÁLEZ DE LEÓN: *La idea y la obra*

EMILIO GARCÍA MONTIEL: *Dos finales de Ōe* ♦ T. LÓPEZ MILLS: *El señor Auden*

ÁLVARO URIBE: *Bénét, profeta laico* ♦ ADOLFO CASTAÑÓN: *Nueva muerte de Bryce en Echenique*

EDMUNDO VALADÉS: *Un cuento* ♦ JUAN JOSÉ DOÑÁN: *Ramón Rubín* ♦ POEMAS DE F.

HERNÁNDEZ y V. SOSA ♦ VÍCTOR HERRERA: *Normandía* ♦ VERÓNICA VOLKOV: *Abbas*

HÉCTOR PÉREZ RINCÓN: *Un soneto de Quevedo* ♦ JOSÉ MANUEL DE RIVAS: *Persiles y Sigismunda*

